

## CAPÍTULO 16. LÁZARO. ROMPER LA ÚLTIMA BARRERA

El Libro de los Signos se acerca al final. Hemos visto siete episodios independientes, siete signos, siete pistas para un significado que el signo en sí nunca podría plasmar. Sólo las personas que no comprenden el propósito del autor de este libro los llamarían milagros. Son narraciones que conducen a una nueva perspectiva, una nueva conciencia. No son relatos literales de cómo una deidad sobrenatural ha invadido la historia humana para cambiarla milagrosamente. Un signo, simplemente, impregna la realidad y la interpreta.

Entretejidos con estos signos, hay una serie de personajes joánicos con los que, en su gran mayoría, ya nos hemos encontrado. Ahora llegamos al último y más complejo de ellos. Su nombre es Lázaro. Más que ninguna otra figura del Cuarto Evangelio, Lázaro nos manda el mensaje de que leer este libro como si fuera un relato histórico y literal es malinterpretarlo completamente.

En la historia de Lázaro narrada en el capítulo 11 del Evangelio de Juan, cada símbolo empleado revela que Lázaro no es una persona sino un signo y un símbolo. Observemos primero que no se ha mencionado a Lázaro en ninguna de las fuentes cristianas pre-joánicas. Un hombre de una importancia tan crucial para la historia de Jesús, tal como Juan la desarrolla, si hubiera sido una persona real, seguro que habría dejado alguna huella en los sesenta y cinco o setenta años de la historia cristiana antes de que se escribiera este Evangelio.

En segundo lugar cuando este tardío evangelio introduce finalmente a Lázaro, lo identifica como el hermano de Marta y María, que viven en Betania, a casi tres kilómetros de Jerusalén. Marta y María son bien conocidas en las primeras tradiciones, como queda reflejado en el Evangelio de Lucas (Lc 10: 38-42). No hay, sin embargo, ninguna referencia en esta fuente anterior de que estas dos hermanas, que al parecer tenían mucha relación con Jesús, tuvieran un hermano.

En tercer lugar, hay un matiz especial en la forma en que Juan desarrolla su guion. Juan nos dice con gran énfasis que Jesús, cuando le notificaron por primera vez la enfermedad de Lázaro, rehusó acudir hasta que Lázaro no sólo estuvo muerto sino enterrado. Cuando Jesús llegó a Betania, Lázaro ya estaba en la tumba desde hacía cuatro días; y Marta y María le reprendieron por su tardanza. Había tardado tanto que Marta no quiere que Jesús retire la piedra de la entrada de la tumba porque, en palabras de la biblia del rey Jacobo, “ya apestaba” (Jn 11: 39). La versión estándar revisada es un poco más delicada y traduce: “a esta hora olerá”.

En cuarto lugar, hay todavía una multitud de personas que han seguido el funeral, incluidos los que el autor llama “judíos de Jerusalén”, un término que en Juan significa enemigos de Jesús. Este potente acto de levantar a alguien de la tumba, lo vieron, dice Juan, tanto amigos como enemigos. De una manera que recuerda a los otros signos, el poder que se describe se amplifica considerablemente. Antes vimos que Jesús no sólo convirtió agua en vino sino que convirtió casi 600 litros de vino. Jesús no sólo curó a un paralítico sino que curó a un hombre que llevaba paralítico treinta y ocho años. Jesús no sólo devolvió la vista a un ciego sino a uno que “había nacido ciego”. Ahora Jesús

no sólo va a levantar a alguien de la tumba sino que va a levantar a un hombre que lleva muerto cuatro días, que está envuelto con lienzos mortuorios y cuyo cuerpo está ya en proceso de descomposición.

En quinto lugar, no hay que tener duda alguna sobre la realidad de la muerte en esta historia. En los relatos sinópticos de Jesús, cuando rescata a la hija de Jairo de la muerte (Mc 5: 22, 35-43; Mt 9: 18-26; Lc 8: 40-56), hay una insinuación en el texto de que no estaba realmente muerta sino sólo dormida. Muy poca gente estaba cerca para verificar su muerte, por lo que podía haber alguna duda. En el relato en que Jesús rescata de la muerte al hijo único de la viuda de Naím, que sólo cuenta Lucas (7: 11-17), al joven lo llevaban a la sepultura pero todavía no estaba enterrado. Todos hemos oído historias sobre errores en el diagnóstico de una muerte; en ellas la persona presumiblemente muerta recupera la conciencia antes de su entierro, por lo que todavía puede haber una ligera duda en este relato. Sin embargo, sobre la certeza de la muerte de Lázaro no puede haber ninguna duda. Será una señal poderosa y llamativa, representada en un escenario totalmente público.

En sexto lugar, la narración se amplía con un preámbulo dolorosamente largo, que relata las emociones de Jesús. “Jesús lloró” (Jn 11: 35), dice el texto. Su amor por Lázaro y sus hermanas se repite. Hay una larga discusión entre Jesús y Marta sobre el significado de la resurrección. Se describe la realidad de la “resurrección en el último día” y se contraponen a la resurrección de Lázaro que está a punto de ocurrir. Se dan más detalles de los necesarios sobre el público que los acompaña desde su casa a la tumba. Jesús tiene tiempo, una vez más, de pronunciar las palabras “Yo soy”: “Yo soy la resurrección y la vida” (Jn 11: 25), y de añadir que “quien cree en mí, aunque muera, vivirá, y quienes viven y creen en mí nunca morirán” (Jn 11: 26). Jesús pregunta entonces a Marta si cree esto y ella responde con una triple afirmación: Tú eres el Cristo, el hijo de Dios y el “que viene al mundo”.

Sólo entonces llegamos al clímax dramático de la narración. Jesús se acerca a la tumba de Lázaro y se detiene frente a ella. La multitud detrás de él está en silencio. Quitan la enorme piedra. Se está desafiando a la muerte en directo. Con una potente voz, quien ha afirmado ser la fuente de vida llama al hombre fallecido, encerrado en los límites de la mortalidad: “Lázaro, sal fuera”. Lázaro obedece la orden. Sale, pero no con facilidad. Está todavía envuelto con las ropas mortuorias. Sus manos están sujetas a su cuerpo y sus piernas están atadas juntas. Su rostro está envuelto en un sudario. Si pretendemos que esto sea un hecho literal, debe haber sido un extraño espectáculo: una momia saliendo de una tumba, andando con los pasitos que requiere tener las piernas atadas, sin tener los brazos libres para poder conseguir el equilibrio. No hay curandero capaz de hacer esto. Jesús concluye este episodio dando una orden: “Desatadlo y dejadle andar” (Jn 11: 44).

Procesemos los detalles de esta historia y la fuerza de este drama un momento. Imaginemos la multitud de amigos y enemigos, los suspiros y el asombro que marcarían este hecho si realmente hubiese sucedido en vida del Jesús histórico. ¿Puede alguien creer que, durante las tres o cuatro generaciones posteriores, ningún escrito haya mencionado este evento hasta que Juan lo cuenta, casi a finales del siglo I? No, no se trata de un hecho histórico ni el texto lo trata como tal.

Miremos primero la reacción ante este episodio, que Juan describe bastante extensamente. “Muchos judíos de Jerusalén, que habían venido a acompañar a María y que vieron lo que hizo Jesús, creyeron ahora en él. Pero algunos fueron a contar a los fariseos lo que Jesús había hecho” (Jn 11: 45-46). Este informe a las autoridades dio como resultado que los principales, los sumos sacerdotes y los fariseos reunieran al Consejo que gobernaba a los judíos para condenarlo. Finalmente, se pone en boca de Caifás, el sumo sacerdote, una interpretación con respecto a Jesús, de alguna manera inconsciente pero ciertamente profética, cuando dice: “Conviene que un hombre muera por el pueblo”. Si no suprimimos a este hombre, todos lo seguirán y los romanos destruirán nuestra nación; por lo tanto, un hombre debe morir para que no perezca toda la nación judía. Juan incluso añade que Caifás no habló por iniciativa propia sino como quien profetiza la verdad de que Jesús moriría por la nación (Jn 11: 51). Entonces, Juan nos trasmite sutilmente su mensaje místico. No iba a ser “sólo por la nación sino también para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos por el mundo” (Jn 11: 52). Con su vida y por medio de su muerte, Jesús realizará la unidad de la humanidad. Juan matizará esto cuando narre la pasión pero, al concluir el Libro de los Signos, ya deja claro lo que ha descubierto sobre el objetivo y significado de la muerte de Jesús: “Y yo, cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Jn 12: 32).

Todo en este episodio está destinado a jugar un papel en este drama cósmico; por eso Juan nos dice que “desde ese día, decidieron darle muerte” (Jn 11: 53). La escena final está preparada: “La Pascua de los judíos estaba cerca” (Jn 11: 55).

Puesto que nadie había contado la resurrección de Lázaro antes de que se escribiera este evangelio, podemos preguntarnos si existe alguna fuente conocida que Juan pudiera haber usado para desarrollar este personaje y esta narración. Una búsqueda en los evangelios anteriores nos da una posible clave. Se menciona a un personaje llamado Lázaro en una parábola que sólo narra Lucas: la parábola de Lázaro y el hombre rico que a veces recibe el nombre de Epulón (Lc 16: 19-31). En esta parábola, Lázaro es un mendigo que pide limosna a la puerta de un rico. Los ojos del rico no ven a los pobres ya que estos no tienen valor para él.

Al cabo del tiempo, según esta parábola, tanto Lázaro como el rico mueren. Lázaro va a lo que podemos llamar la versión judía de la “vida eterna”: descansar en “el seno de Abraham”. Es una imagen interesante. Creo que si yo estuviera destinado a permanecer toda la eternidad recostado en un seno, preferiría que no fuera el de Abrahán. El rico, por su parte, va a un lugar inespecífico de tormento. En esta parábola, parece que existe comunicación entre los dos reinos del más allá y por eso el hombre rico habla a Abraham: “Padre Abraham”, dice, “¡ten compasión de mí!”. Este tormento, este calor es más de lo que puedo soportar. ¡Necesito alivio! ¿No “enviarías a Lázaro a que mojara la punta de su dedo en agua y me refrescara la lengua porque estoy atormentado en esta llama?” (Lc 16: 24). El rico todavía ve al pobre Lázaro como alguien cuyo único destino es servirle en sus necesidades –algo para usar, no una persona con valor–. Abraham responde que se está haciendo justicia y Epulón debe aceptarlo: Tú has tenido una buena vida, Epulón, y ahora estás en el tormento. Lázaro, por su parte, recibió males en su vida y ahora está siendo consolado. Esta retórica, difícilmente real en la experiencia humana, habla sin embargo de uno de los anhelos más profundos de la vida: la esperanza de que se haga justicia. Abraham habla otra vez

y le dice al hombre rico que no se puede llegar de donde está él a donde está Lázaro: “se interpone un gran abismo” que nadie puede cruzar.

Epulón acepta que es imposible y entonces intenta otra estrategia. “Entonces, te ruego, padre Abraham, envía a Lázaro a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les advierta y no vengan también ellos a este lugar de tormento” (Lc 16: 27-28). Lucas describe entonces la siguiente escena de esta sorprendente parábola, que se enlaza claramente con la historia de Juan sobre la resurrección de Lázaro en el Cuarto Evangelio. Abraham contesta: “Ellos tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen”. Epulón responde: “No, padre Abraham, pero si alguno de entre los muertos va a ellos se convertirán”. Abraham descarta esta esperanza y pronuncia las palabras que la resurrección de Lázaro quiere demostrar: “Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco se convencerán aunque un muerto resucite” (Lc 16: 31).

Juan, en su relato sobre Lázaro, está escribiendo a varios niveles. Primero, usa la historia de la resurrección de Lázaro para demostrar la verdad de las palabras de Abraham en la parábola de Lucas. El resultado de este signo final en el Libro de los Signos es que, incluso ante la resurrección de Lázaro después de llevar éste cuatro días muerto, el resultado es previsible: las autoridades de la sinagoga no llegan a abrirse a esta nueva posibilidad. Desde su perspectiva, las posibilidades son terriblemente amenazadoras. Todas las cosas que han estado manteniendo a la nación judía unida en su identidad tribal serían relativizadas si el significado que Juan atribuye Jesús es verdad. Desaparecerían todas aquellas cosas que separan y mantienen divididos a los miembros de la familia humana y que constituyen, ellas solas, los límites de nuestra humanidad. Jesús, pues, representa una última amenaza a nuestra vida tribal y religiosa. La idea que Lucas desarrolla en la parábola de Lázaro y el rico Epulón es que sus familiares “si no escuchan a Moisés y a los profetas, no le harán caso ni a un muerto que vuelva de entre los muertos” (Lc 16:31). Años después, en el Cuarto Evangelio, se relata esta parábola como si fuese histórica para demostrar que lo que la parábola sugería es verdad y no sólo en la parábola sino en la vida misma.

También el segundo nivel en el que Juan escribe es obvio. Han pasado sesenta y cinco o setenta años desde que ocurrieron los últimos acontecimientos de la vida de Jesús. Él ha sido crucificado. La convicción de Juan y de sus discípulos era que, en el momento de la Pascua, se habían trascendido los límites de la muerte, la vida se había expandido a nuevas e increíbles dimensiones y se experimentaba una nueva unidad en cuanto los hombres llegaban, más allá de la conciencia de sí, a la conciencia universal de entrar en la vida eterna de Dios. Pero aquel momento de cambio existencial, ¿trajo la fe? Ésta es la pregunta que Juan se plantea y que contesta muy claramente. No, dice, lo que trajo fue la persecución y la expulsión de la comunidad de la Sinagoga. Los que creían en Moisés no comprendieron a aquel al que Moisés señalaba. No vieron en Jesús al profeta que, según la promesa de Moisés, Dios resucitaría algún día. Vieron la Ley, la “palabra de Dios” que vino a través de Moisés, pero no vieron la gracia y la verdad que vino a través de Jesús, ni escucharon la “palabra de Dios” que estaba en Jesús. Fue la visión de la resurrección lo que finalmente rompió la sinagoga en dos. Los enemigos de Jesús no fueron capaces de creer, tal como ya sugería la parábola de Lucas, ni siquiera si alguien “resucitaba de entre los muertos”. Su reacción frente a Lázaro fue

idéntica a su reacción frente a Jesús. Con esta observación, el Libro de los Signos se acerca a su fin.

Entre el final del Libro de los Signos y el comienzo de los Discursos de Despedida, hay un capítulo de transición, el capítulo 12, en el que pivota la historia. No quiero ignorar este capítulo, pero tampoco quiero detenerme en él.

Sirve para preparar el escenario. Comienza con las palabras “seis días antes de la Pascua judía” y la tensión comienza a subir a partir de ese momento. Se inicia con la conocida historia de Jesús a quien una mujer unge como preparación de su eventual muerte y entierro. Los detalles son, sin embargo, sorprendentemente diferentes de narraciones similares en la tradición sinóptica. La mujer que lo unge es bastante “sensual”. Le unge los pies con un costoso perfume de nardo y usa su pelo para secarlos. Pero esta mujer no es una desconocida; es María, la hermana de Marta, y esta unción tiene lugar en su casa, en presencia de su familia y de los discípulos.

El texto recuerda a la narración joánica de la procesión del domingo de Ramos, cuando Jesús comienza su último viaje. En este capítulo Jesús anuncia que “la hora ha llegado”. Hemos observado previamente el catalizador de la historia. Algunos griegos (es decir, gentiles) han venido, piden ver a Jesús y son llevados a su presencia. La luz de este Cristo va a ser universal: judíos y griegos juntos lo compartirán.

Jesús se nos muestra entonces como aceptando su muerte. Desaparece momentáneamente mientras se contempla su muerte. Sus seguidores tendrán su luz sólo “un poco más” pero no permanecerán en la oscuridad. Comienzan entonces los Discursos de despedida.